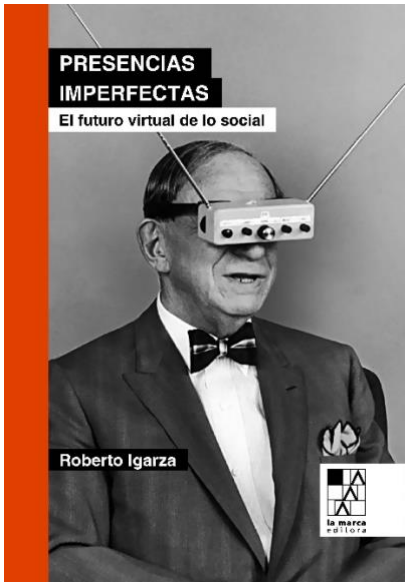

Sobre *Presencias imperfectas. El futuro virtual de lo social* de Roberto Igarza, La Marca Editora, 2020.

ISBN 978-950-889-353-6

Hay un camino de reflexión que emprende Roberto Igarza en *Presencias imperfectas. El futuro virtual de lo social,* y que se cifra en el verbo "bifurcar". Frente a la coyuntura en la que el libro fue escrito, la pandemia COVID 19 y las cuarentenas obligatorias, el autor afirma que "el futuro late de manera distinta. Puede incluso que no goce de la misma vitalidad" (9). En un contexto marcado por discontinuidades, repliegues, intermitencias y retrocesos, "bifurcar" entonces anuda el deseo de retornar a un punto donde se pueda cambiar de dirección, incluso en el análisis del vínculo social mediatizado, que es en última instancia, el objeto de estudio del libro. Es decir, lo que insiste es la pregunta sobre lo social atravesado por lo virtual y su futuro sustentable, que Igarza nombra como *futuridad.*

El ensayo se propone así no como un balance definitivo del presente, ni un intento por aventurar si algunas prácticas mediatizadas permanecerán o no y de qué manera, sino más bien como la propuesta de un debate: contribuir a la lista de las "buenas preguntas" para abrir una discusión posible sobre una nueva *gramática de lo social*. Este concepto es bien interesante, en tanto interroga qué capacidad tienen las reglas de la sociabilidad para adaptarse a este nuevo contexto. Igarza afirma que "lo social no es algo elástico que pueda desarrollarse sin deformarse. Hay plasticidad en las prácticas sociales, pero no son elásticas. Las discontinuidades desenfocan, modifican la trayectoria. Después de padecerla, ninguna práctica sale indemne" (13).

Apurados por el contexto, interrogados por nuestro presente, encerrados en nuestras casas, leímos el libro. Igarza, graduado de la École d'Ingénieurs de Lausanne (Suiza) y Doctor en Comunicación Social por la Universidad Austral (Argentina), escribe en esa "noche oscura" también y genera una base de problematizaciones no nuevas, pero sí renovadas, lo que hace que el estudio trascienda su coyuntura inmediata. A partir de analizar videoconferencias en los ámbitos laborales y educativos, se pregunta por estas nuevas formas que tienen efectos en la comunicación, tratándose de prácticas sociales y de lenguaje. Y no es casualidad la elección del mundo del trabajo y la educación porque es allí donde el paradigma moderno de la presencia encarnada, asociada a la productividad y al rendimiento, se inscribió con mayor eficacia. El interés reside en cómo el paradigma digital transforma los modos de estar presentes: el verbo estar sale a la búsqueda de nuevas acepciones y no se trata solo de un periplo semántico: tiene implicancias fuertes en el modo en que resolvemos nuestras actividades sociales. En este carácter remoto de acceso al otro, seguiremos estando presentes mientras *seamos*, afirma Igarza, a la distancia de una conversación, término sobre el que volveremos.

El autor recupera a Georg Simmel y su "Digresión sobre la sociología de los sentidos" (1907) para articularlo con la problematización de la categoría de presencia. La presencia es imperfecta para Igarza porque toda mediatización propone algún tipo de "imperfección" del otro, ausente frente a nosotros de forma física. Simmel permite pensar la percepción del otro en términos sensoriales, y recuperar las preguntas que se hizo hace más de cien años. Desde esta perspectiva, la percepción del otro implica dimensiones culturales y socioafectivas, y lo que cuenta son las condiciones de posibilidad de esa presencia, que puede darse bajo condiciones contemporáneas que no nos requieren de forma corpórea, y que abre un campo de discusión en el futuro del trabajo y de la educación. Lo social, en la recuperación de Simmel vía Igarza, se define por su dimensión experiencial, como fenómeno multi corpóreo, multi sensual, relacional y situado. La dimensión relacional prima porque es aquella que configura lo social, y siempre está dialogando con la dimensión cultural de una época, pues no hay una única apreciación perceptiva en el modo que cada cultura significa y admite formas del contacto físico, por ejemplo.

Igarza propone dos nudos problemáticos centrales que va a desarrollar a lo largo del libro: la categoría de presencia tal como la heredamos de la modernidad, sus cambios y modulaciones contemporáneas –en este sentido va a cobrar especial relevancia el análisis del ámbito universitario para pensar estas tensiones–, y como segundo nudo problemático, la conversación como verdadero factor de subsistencia. Subyace como hipótesis que el sujeto social es sobre todo sujeto de habla y que por eso seguimos "Suspirando por la conversación", que es también el título del prólogo. Presente es aquel que está en el tiempo de quien habla, insiste Igarza, según la segunda acepción de la palabra "presente" en el diccionario de la RAE. En este sentido, si la presencia mediatizada es por su propia naturaleza imperfecta, podemos preguntarnos qué espacios de conversación se pueden sostener en línea y qué gramáticas de lo social proponen. ¿Cuáles son las condiciones para "estar presentes" a través de las mediatizaciones? ¿Cómo asegurar la *futuridad* de la conversación?

Hasta aquí entonces: 1. la gramática social entendida en un sentido histórico, según Fernand Braudel, en tanto reglas que inciden en la interacción, en el diálogo entre los sujetos y que le permite a una civilización interactuar dentro de sí misma y con otra (la convivialidad), 2. Las nuevas mediatizaciones que inciden en la percepción (y redefinición) de la presencia, análisis que Igarza va a centrar en los espacios laborales y educativos/ universitarios. 3. El sujeto social entendido esencialmente como un sujeto de habla, cuya forma de establecer lazos es por y a través de interacciones/ conversaciones. 4. La sociabilidad como un horizonte a construir, una apuesta por cómo deseamos entenderla de forma sustentable.

La *futuridad* de lo social atravesado por lo virtual implica preguntarse también por quienes tienen dificultades para establecer una presencia en línea: aquellos que no acceden a la conectividad y/o a la escolaridad, personas de cuarta edad, es decir, por factores de segmentación etaria, de vulnerabilidad cultural, social y económica. Por otra parte, si lo social se ve interrumpido o perturbado, en todo esfuerzo mediatizado que hagamos por sostenerlo, "el mayor riesgo de todos es que la palabra quede asordinada por el tapabocas" (11). Por eso Igarza recupera a Séneca: "¡Habla, no dejes de hablar, que quiero verte!", más allá de los

soportes que pueda asumir esa consigna hoy. Si lo social quedara reducido al silencio, estaríamos en un falso convivio que restringiría significativamente al sujeto, al arrebatarle lo propio del ser social: la conversación.

Una vez explorado el arco argumental del libro, vamos a centrarnos en él no de forma exhaustiva, pero sí para ahondar en algunos de sus desarrollos.

La Modernidad, el sistema educativo y la categoría de presencia

"Lo que queda de la modernidad se presenta en forma de continuidades cada vez menos duraderas, difíciles de definirlas como nuevas normalidades" (13). Para Igarza estas discontinuidades hacen más plásticas nuestras relaciones: la visibilidad y la circulación de objetos y sujetos en la virtualidad adquieren naturalezas distintas. Hay una sola forma de estar ausente, pero muchas de estar presentes, sostiene el autor, y por eso la presencia no puede ser informada en contraposición a la ausencia ni establecer entre estos dos términos una polaridad binaria, a la manera de un diapasón. El autor define la presencia social según el grado en que una persona es percibida como real a través de un entorno mediatizado, es decir, donde se verifica su condición de individuo no anónimo. Igarza señala que el concepto de presencia opuesto a la ausencia, más que haberse vuelto obsoleto, se transformó en un ícono de la Modernidad. La presencia es un significante a la búsqueda de nuevos significados, y la distancia no opera por oposición a proximidad, se declina en "física" y "social".

El sistema educativo, que sostiene una performance ligada a la copresencia de los agentes, heredero de los mandatos de la Modernidad para operar de manera estable (compartir un mismo espacio tiempo con el propósito de una misma finalidad pedagógica), está frente al más grande de sus desafíos, según Igarza. "El insumo básico y determinante de su razón de ser siempre fue la presencia [encarnada]" (61). Y por eso el aula fue el dispositivo más eficaz de la Modernidad, al vincular la presencia a la productividad y al rendimiento, aunque su eficiencia (la del sistema educativo formal) estuviera cada vez más cuestionada.

La bimodalidad y la alternancia se configuran en este escenario como horizontes posibles, "flexibilidad que estaba pendiente y hace tiempo estaba latente en muchos imaginarios jóvenes" (34). La presencia física o virtual dejarán de ser opciones opuestas y propondrán pasajes de ida y vuelta, aprovechando el "carácter anfibio de los recién llegados" (34). Esto implica para Igarza cambios profundos en la universidad, que se vuelve "extramuros" y ubicua, atravesada por tecnologías, contenidos y servicios digitales, permeabilidad de la que carecía. "Es posible que, puesta en perspectiva, estemos viviendo una transición prolongada y sin retorno hacia una hibridez flexible de las opciones pedagógicas" (45).

Con estilo ingenieril y exhaustivo al que nos tiene acostumbrados, es notable la capacidad del autor para bifurcar líneas de análisis: volver a mirar aquello que se nos presenta como obvio, o trazar nuevos caminos allí donde todavía hay aspectos no interrogados. "Siempre que se debatió acerca de la experiencia en la virtualidad se hizo foco en el dispositivo áulico, en

analizar la experiencia universitaria como si fuese limitada a la función docencia y al aula" (41). Lo que se pierde en el "campus virtual", según Igarza, es la capacidad de recrear el *ethos* académico que sucede por fuera de los espacios del aula. En esta multimodalidad, agrega el autor, la unidad es el estudiante, ya no la materia o la carrera. Esta hibridez inteligente, personalizable y dinámica, parecería el rumbo que marca el porvenir. La virtualización se vuelve la opción más segura para configurar pasajes fluidos en medio de intermitencias, paradas y pausas.

La audiovisualización sincrónica

Igarza sostiene que, en la urgencia por garantizar la continuidad, la virtualidad educativa replicó de forma acrítica y apurada, las clases tradicionales del aula en modalidad mediatizada. Estas "prácticas remotas de emergencia", según el autor, evitaron la producción de materiales *ad hoc* y la elaboración de estrategias didácticas específicas –algo que bien podríamos discutir aquellos/as que pasamos horas haciendo lo contrario–. Hubo docentes que dieron clases por Zoom desde sus cuentas personales, en bloques de 40 minutos para eludir la versión paga de la plataforma, insertos en la "nueva normalidad" sin atravesar procesos de formación específica que suelen ser resistidos, según el autor. Las narrativas pedagógicas fueron más o menos las mismas adoptando estéticas apantalladas, y se trató más bien de una transposición rápida del aula presencial, una forma de "evitar el bache", en lugar de una revisión crítica o de una mejora sustancial de la experiencia.

Uno de los hitos del libro es su análisis sobre lo que el autor llama "audiovisualización sincrónica", una descripción genial de los sistemas de intercambio discursivos en clases y reuniones de trabajo a través de videoconferencias en vivo. El abordaje es sutil y preciso, no exento de cierto humor elegante, casi inglés (una forma de reconocernos en el cansancio del modo en línea), que produce extrañamiento para quienes tuvimos que adoptar estas prácticas, vueltas cotidianas y aun así no suficientemente reflexionadas.

Mosaiquismo plano, postura de foto carnet, sobreexposición. "Excepcionalmente, alguien se asoma en su ventana-recuadro y exagera la talla de su figuración" (68). Alguien que sobresale adquiere mayor tono y volumen en la toma de la palabra, se desmarca de las ventanas bonsái. Estas prácticas se dan en medio de una atención intermitente, entrecortada por intercambios interpersonales, donde los sujetos oscilan en flujos de información multicanal, entre mensajerías y plataformas sociales. Este usuario-modelo asume "cierta similitud con el comportamiento de un sujeto considerado multitarea-compulsivo" (76). La contracara de esta exposición es el ocultamiento voluntario, pues "fatiga el ser con vista a otros todo el tiempo" (78). Se responde al fastidio con un quite de la presencia visual: una ventana ennegrecida que rompe la reciprocidad, "un ocultamiento no ocultado. Una indisposición de la presencia. Una distancia brutal. Una presunción de engaño. Eventualmente de lo peor, la ausencia" (133). Son causas de stress y fatiga la indeterminación en la circulación de la palabra, la cantidad de miniaturas donde extraer información relevante en pequeños movimientos, el interés de ser percibido como comprometido con la sesión, que puede adquirir también la forma de disimulo o apariencia de compromiso.

Las interacciones a través de un lenguaje audiovisual, sincrónico y remoto, que se acercan al modelo del encuentro grupal presencial, asumen características específicas. "Parecería que nunca antes fue tan equitativa la percepción de presencia de los participantes […] La murmuración queda sujeta al uso de otras plataformas que operan en paralelo, sobre todo gracias al uso de dispositivos móviles" (136). La presencia (virtual o encarnada) dejó de ser sinónimo de atención, ahora bifurcada en segundas pantallas. Si desde la propuesta de Simmel la percepción es percepción del otro durante el intercambio, esta cambia según la sala opere a micrófono cerrado, lo cual genera una situación radial concentrada en el sujeto que tiene la palabra (situación fría), y se va cargando de intensidad en un intercambio interaccional plano a micrófono abierto. Igarza propone imaginar en el ámbito educativo estrategias pedagógicas más integrales: una comunicación asincrónica (diferida) que permite la visualización sin la obligación de reacción inmediata, y que podría contribuir a una mejora sustancial de los resultados.

Uno de las virtudes de *Presencias imperfectas*, sin duda, es la capacidad que tiene su autor para leer un fenómeno micro (el análisis de las videoconferencias, por ejemplo) sin perder de vista su dimensión macro. Además, este movimiento no se produce en dos fases o niveles sino más bien en simultáneo, como si el ojo del analista pudiera atrapar el detalle y la panorámica a la vez. Por eso algunas reflexiones, en el sentido más literal del término, nos abisman. "La competitividad y el rendimiento se volvieron altamente dependientes de la interactividad y la sincronía. Los consumos culturales de un ecosistema "a demanda" y una comunicación interpersonal omnicanal y ubicua que solo funciona en la inmediatez" (144). Si la sincronía es valorada como fuente de valor económico para la toma de decisión, lo diferido y lo retrasmitido queda excluido y despreciado. Esta etapa de la globalización, que se caracteriza por una sincronía múltiple y simultánea, requiere que todo momento se convierta en una experiencia registrable, y en la que se impone el modo *selfie*, la hiperexpresión y el georeferenciamiento. Para Igarza se trata de una economía del tiempo que maximiza el rendimiento, el "apuramiento" del individuo (que para la RAE es tanto "acción y efecto de apurar", algo que el individuo hace y también sufre) y la autoexplotación. Esta inmediatez propia de los mercados financieros, se desincroniza respecto al pulso de la toma de decisiones políticas. Los gobiernos están lejos de estar en línea, afirma Igarza, y los medios operan en línea y comunican en lenguaje audiovisual para ganar cercanía.

Las formas débiles de lo social

"La pregunta problematizadora sigue girando alrededor de la presencia, más precisamente, en torno a las disposiciones de esta para asegurar la continuidad de la conversación" (12). El dilema de la virtualidad consiste, según Igarza, en proveer experiencias mediatizadas que eviten que las imperfecciones de la presencia incidan en lo social. Esta perspectiva resulta bien interesante, en tanto abre un camino por hacerse. Si la audiovisualización sincrónica ofrece una interfaz sensual muy limitada, informada por el sentido de la vista, el futuro virtual de lo social se juega en cómo podemos mejorar de forma significativa la conversación. "La cuestión de fondo es cuánto de las mediatizaciones pueden reconfigurar "lo social" de la distancia, recrear

las disposiciones de la situación que determinen el vínculo entre lo físico y lo social intersectándolos de manera distinta" (105).

El riesgo es que vayamos rumbo a un falso convivio, que la palabra quede silenciada o el diálogo empobrecido. La presencia imperfecta no es falsa, según Igarza. La sociabilidad así entendida implica formas de la *mise en scène*, sin que sea necesaria una relación ontológica con la verdad. "Interesa si [la presencia] es perfectible y si la percepción es de presencia o no lo es" (142). El punto es qué cualidad y calidad adquiere esta presencia social, pues el sentido del verbo "estar" se expresa a través de nuestras interacciones.

"En la medida que el tiempo social se vuelve producto de las mediatizaciones, es decir, un simulacro basado en la idea de que necesitamos reconocer y mantener el cuerpo social para autorepresentarnos o en el que deseamos ser representados, la socialidad deviene una forma débil de lo social" (107). Lo social se debilita según Igarza cuando deviene interpersonal en base a historias personales, experiencias y testimonios compartidos en vivo, que reconfiguran las lógicas simbólicas a partir de una dinamización de las retóricas de la amistad. Tanto en la vulnerabilidad y desafiliación social, trabajadas por Robert Castel, o los vínculos más líquidos productos de arquitecturas sociales variables, informados por Zygmunt Bauman, Igarza se inscribe en una tradición que interroga esta incomodidad propia de la Modernidad tardía: lo fluido de los vínculos y su incapacidad para darles consistencia.

En lo que concierne al autor, y como cierre parcial – pues ni el pasado está caduco ni el futuro tiene una identidad única, según Igarza– interesa, por un lado, cómo la audiovisualización sincrónica dominante, que remite al modo televisivo tradicional, modela el vínculo mediatizado, inhibiendo formas más plurales y sensuales de la experiencia. Por otro lado, si se verifican formas débiles de lo social, interesa entonces cuánto pueden ser reforzadas o no por las nuevas mediatizaciones, si contribuyen al aislamiento y la soledad, por ejemplo, generando mayor distanciamiento y segmentación etaria, socioeconómica, de vulnerabilidad cultural en la apropiación de estos lenguajes.

Un futuro donde lo social no quede asordinado implica construir un horizonte donde la conversación sea verdaderamente sustentable. Si de esencial se trata, según Igarza, el verbo es hablar. De esta manera, el análisis es también la propuesta de un trabajo: desarrollar estrategias para amplificar lo positivo de las mediatizaciones y morigerar lo negativo. Las nuevas mediatizaciones, bajo el prisma de la sociología de los sentidos, pueden ayudar a una sociabilidad mejorada para una gran parte de la población, y que para Igarza vamos a necesitar.

Ariel Gurevich
Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, UBACYT Retomas discursivas en tiempos de convergencia: producción, circulación, consumo. 07/04/2022